

Biblioteca Histórica

Edición revisada  
Prólogo inédito



**ENRIQUE  
KRAUZE**

**Siglo de caudillos**

De Miguel Hidalgo  
a Porfirio Díaz

TUSQUETS  
EDITORES

## Índice

Agradecimientos

Prólogo a esta edición

Introducción

I. Historia de bronce

Las fiestas del Centenario

Héroes y antihéroes

Pasados en conflicto

II. Sacerdotes insurgentes

Frenesí de libertad

Siervo de la nación

III. El derrumbe del criollo

Sueño imperial

Sueño republicano

Seductor de la patria

Teólogo liberal, empresario conservador

Mexicanos al grito de guerra

IV. El temple del indio

Hijo de la naturaleza

Idólatra de la ley

El drama de la Reforma

El más hermoso imperio del mundo

Dictador democrático

V. El ascenso del mestizo

El hombre de Oaxaca

Orden, paz, progreso

Esfinge y patriarca  
El cielo liberal  
Por un sepulcro de honor

Apéndices

Bibliografía

Acerca del autor

Créditos

A la memoria de mi caudillo:  
Luis Kolteniuk

## AGRADECIMIENTOS

Amigos, maestros y familiares contribuyeron a este libro. Los primeros: Alejandro Rosas, Fausto Zerón-Medina, Fernando García Ramírez, José Manuel Villalpando, Pedro Molinero, Aurelio Asiain, Guillermo Tovar de Teresa, Xavier Guzmán, José Manuel Valverde Garcés, Gerardo Cabello y, sobre todo, Carlos Herrejón, autor de las obras fundamentales de investigación primaria sobre la Insurgencia. Los segundos: Luis González y González, Richard M. Morse, David Brading y Josefina Vázquez. Los terceros: Isabel, León, Daniel, Helen, Moisés, Jaime y Perla Krauze, Carmen y Eduardo Turrent, así como la gran matriarca de todos ellos: Eugenia Kleinbort.

Católicos de  
Pedro el Er-  
mitaño  
y jacobinos  
de la era ter-  
ciaria.  
(Y se odian  
los unos a  
los otros  
con buena  
fe.)

Ramón Ló-  
pez Velar-  
de

## Prólogo a esta edición

Aunque cronológicamente debió haber sido el primer tomo de mi trilogía histórica, *Siglo de caudillos* fue el segundo. La historia de su génesis es la siguiente: en 1987 publiqué *Biografía del poder*. El historiador Hugh Thomas la leyó y me puso en contacto con Cass Canfield Jr., su editor en HarperCollins. Nos vimos en Cambridge, Massachusetts, una mañana. El gran Cass –que había sido el primer editor de García Márquez en inglés y fue un gran impulsor de la literatura latinoamericana– se interesó en la obra pero me pidió ampliarla considerablemente en vistas a su publicación en Estados Unidos: debía escribir un libro sobre México (no sólo sobre la Revolución), una historia biográfica que arrancara con la Guerra de Independencia y culminara en el presente. Acepté sin chistar. Había que ir primero hacia atrás y luego hacia delante. Al poco tiempo comencé a reunir materiales sobre el caótico y luminoso siglo que, en tantos sentidos, nos formó: el siglo XIX.

El propósito de comprender la vida de los caudillos –ya presente y explícito en *Biografía del poder*– se volvió central en *Siglo de caudillos*. Releí historias y biografías, tanto las canónicas como las heterodoxas. Leí libros, folletos y periódicos del siglo XIX y del XX. Consulté los acervos documentales de Hernández y Dávalos y las invaluable colecciones de *Documentos históricos mexicanos* (los relativos a la Independencia y los que cubren el siglo XIX) del benemérito Genaro García. Aproveché agradecido varios artículos y

ensayos publicados en revistas académicas extranjeras y nacionales (en particular *Historia mexicana*, que en sus dos primeras décadas, dirigida por su fundador, Daniel Cosío Villegas, había prestado particular atención al siglo XIX). Dialogué tácitamente con los historiadores clásicos, sobre todo con Justo Sierra y Francisco Bulnes. Trabajé las valiosas obras de José Valadés y José Fuentes Mares. Procuré seguir los consejos de Luis González y González, Moisés González Navarro, Josefina Vázquez y escuchar los vastos conocimientos de mi colega Carlos Herrejón.

Una influencia más o menos secreta de esta obra fue Edmundo O’Gorman, admirable historiador y maestro. No acudí a sus aulas pero su filosofía de la historia me sedujo. Había un libreto detrás de los hechos, una especie de escritura secreta en nuestro siglo XIX, la tensión entre dos impulsos poderosos, uno tendiente a conservar el pasado, otro atento al llamado del futuro. No se trataba de reducirlos a un esquema, pero era necesario escuchar su melodía. Una melodía pocas veces idílica o alegre, más parecida a un contrapunto impetuoso y feroz que a un suave adagio. Pero aquel tumultuoso siglo no fue –en lo político– sólo un inagotable escenario militar: también fue una arena de las ideas.

Me acerqué a todos los caudillos –políticos e intelectuales– como si nada supiera de ellos. Algún atisbo de originalidad comprensiva espero haber arrojado sobre el teólogo Hidalgo –arrojado a su frenética revolución–, sobre el cura Morelos –que casi hegelianamente me pareció encarnar los sentimientos de la futura nación mexicana–, sobre las dos imposibilidades paralelas del emperador Iturbide y el republicano Guerrero, sobre el seductor y contradictorio –¡y valiente!– general Santa Anna, prototipo perfecto del gobernante criollo. Antes de acercarme a la vida de Benito Juárez, me detuve en las vidas paralelas de dos hombres de ideas, los pensadores criollos Mora y Alamán. En su ideario luchaban dos proyectos de nación, dos posibilidades de

México, que finalmente convergieron, de manera sutil, en los dos presidentes esenciales de la historia mexicana, cara y cruz oaxaqueña de un mismo proyecto de integración nacional: Benito Juárez y Porfirio Díaz. Dos figuras más completan el elenco: Melchor Ocampo y Maximiliano de Habsburgo. Ambos contribuyeron, por caminos diversos, paradójicos y misteriosamente complementarios, a afianzar el mejor legado de México: el legado liberal.

Supongo que hay un aliento romántico en *Siglo de caudillos*. No lo niego y no me niega. Sin el espíritu romántico no se entiende la pasión de los liberales de la Reforma. Sin el espíritu romántico no se entiende la insensata y triste aventura de Maximiliano y Carlota. Pero una corriente más profunda, no romántica sino ilustrada y moderna, dictaba los hechos: la voluntad de unos mexicanos de desprenderse del legado colonial y clerical para construir un orden cívico y laico. Anacrónicamente, quizá, en *Siglo de caudillos* me adherí a la tesis de Sierra que vio en el temple indígena de Juárez y el ascenso del México mestizo (encarnado en Díaz) la fuerza que edificó el Estado mexicano. Sigo creyéndolo, porque mi tesis no es étnica sino social e histórica. Sí: creo que los criollos mexicanos fracasaron en su vocación de gobernar cuando perdieron la Guerra del 47. Sí: creo que la Reforma fue «el tiempo eje» de México, quiebre definitorio, magna obra legislativa, política y moral de un elenco inigualado de abogados y caudillos mestizos, encabezados por un zapoteca que instintivamente entendía el poder desde el mirador de los milenios. Sí: creo que el mestizo que gobernó al país por más de treinta años –con todos sus defectos– fue el mayor constructor que ha dado nuestro país, tan pródigo en destructores.

Se trata, pues, de una biografía política de nuestro siglo XIX, pero en sus intersticios espero haber insinuado al menos algo de la vida personal e íntima de esos personajes. Ahí están las torturas familiares de Hidalgo, las inquietas mocedades de Morelos, las ambiciones truncadas y las an-

gustosas dudas de Iturbide, las inseguridades de Guerrero, las fluctuaciones no siempre caprichosas de Santa Anna, los miedos étnicos y los grandes vuelos intelectuales de Alamán y Mora, los tormentos de ilegitimidad que acosaron a Ocampo, los hamletianos zigzaguesos de Comonfort, la santidad laica de Santos Degollado, las cartas de Juárez a su yerno Santacilia, plenas de temor, estoicismo y ternura. Ahí está el brillante y jesuítico Lerdo, el olvidado drama político de Manuel González, y un Porfirio Díaz de carne y hueso.

Sobre *Siglo de caudillos* mi maestro Luis González y González escribió que era un libro osado –digámoslo así– porque trataba temas archisabidos, sobre personajes archiconocidos, con fuentes muy frecuentadas, pero ponderaba –eso quiero creer– mi voluntad de comprender. En ese sentido, más que una historia, *Siglo de caudillos* es un largo ensayo histórico. Es el testimonio de un viaje de años por el más apasionante de nuestros siglos y el más apasionado elenco de nuestros caudillos.

# Introducción

Carlyle creía que «la historia del mundo es la biografía de los grandes hombres». Creía también que la historia es una Escritura Sagrada que los hombres «deben descifrar y escribir, en la que también los escriben». Sobre ambas creencias ha caído, durante siglo y medio, el torrente crítico de nuevas teorías, unas sensatas, otras banales, la mayoría tan arbitrarias como las del gran escritor escocés. No puede negarse que la historia, cualquier historia, es mucho más que biografía; tampoco, que si algo enseña nuestro tiempo es la inexistencia de leyes inmutables. Descreer de lo primero conduce al culto de la personalidad; dudar de lo segundo significa negar la intencionalidad individual y la relativa indeterminación que, por suerte, conforman la pasta de que está hecha la cotidianeidad histórica.

¿Cómo olvidar, sin embargo, que los bravos Ricardos y los tenaces Enriques de la historia inglesa marcaron *personalmente* el rumbo de su nación? Lo mismo cabe decir de cualquier antigua monarquía y hasta de personajes de los tiempos legendarios de la Biblia. También las repúblicas de la Antigüedad seguían al hombre de excepción. Plutarco y Maquiavelo no reverenciaban el poder sino la virtud cívica con que el poder se ejerce; de ahí que sus historias estén

llenas de príncipes, legisladores y guerreros, ejemplares o detestables, pero todos decisivos en su momento. Y aun en nuestro tiempo, por citar un solo ejemplo: ¿es imaginable el desenlace feliz de la segunda guerra mundial sin la valiente actitud de Churchill? Es el carácter reductivo de la doble fórmula de Carlyle lo que la ha desprestigiado, y con razón. Con todo, hay historias y países que se ajustan a ella casi tal como se formuló, y les queda como un traje a la medida. Uno de esos países, tal vez el más carlyleano de todos, es México.

El hundimiento del orden histórico español provocó en toda América Latina la aparición de los caudillos. Entre nosotros la palabra no tiene, por fuerza, connotaciones negativas. Eran los hombres fuertes, los nuevos «condotieros», los jefes, los dueños de vidas y haciendas, los herederos del arquetipo hispanoárabe que blandía la reluciente cimitarra, o los émulos de los caballeros medievales que «se alzaban con el reino». Este proceso se repitió en el México del siglo XIX, aunque con una particularidad. Los caudillos mexicanos tenían algo que iba más allá del mero carisma: un halo religioso, ligado en ocasiones al providencialismo, otras a la idolatría, a veces a la teocracia. En todo caso, una concomitancia con lo sagrado.

El origen de este fenómeno peculiar reside, como ha visto Octavio Paz, en la confluencia de dos modalidades de autocracia religiosa: la indígena y la española. El tlatoani (o emperador) azteca era, si no un dios, sí una encarnación divina ante la cual los hombres no tenían siquiera el derecho de alzar la mirada. Verlo cara a cara conducía a la muerte. Tal temor y temblor ante el *uno* pasaron intactos a la época colonial transferidos a conquistadores, encomenderos, «caciques» o «mandones» –como se les llamaba–, virreyes y hacendados. El énfasis en las palabras «servir» y «mandar» tal vez no sea específicamente mexicano, pero no es frecuente escuchar en otras zonas de América la cantidad de matices que esas dos voces han adquirido en México a tra-

vés de los siglos. Por lo demás, los tlatoanis no fungían solamente como dueños de la vida de sus súbditos, eran también sus pastores, «padre y madre» de los indios, como refieren los cronistas de Indias. Este rasgo patriarcal se transmitió también a los misioneros franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas de la «conquista espiritual» y a sus sucesores, los «padrecitos» de cada pueblo en el México colonial.

En suma, por tres siglos el orden tradicional mexicano semejó una vasta pirámide de obediencia, aquiescencia, sumisión, casi siempre suave, casi nunca impuesta o violenta. Una pirámide cristiana e imperial, construida sobre otra, en letargo, no vencida: la pirámide indígena. Este fue el orden de dominación política que se hundió en 1810.

Este libro es la biografía política del siglo que sucedió a ese hundimiento. Como en toda América Latina, en México surgieron caudillos que buscaban la independencia, pero eran caudillos peculiares: los sacerdotes insurgentes Miguel Hidalgo y José María Morelos. A su aparición efímera, trágica, preñada de significaciones y tensiones que el futuro revelaría como una escritura cifrada, siguió una etapa (1821-1855) dominada por los típicos caudillos criollos, semejantes a sus pares latinoamericanos. Entre todos, destacó uno, aclamado como el hombre providencial. Aquel monarca sin corona se llamó Antonio López de Santa Anna. Algo había, sin embargo, en la mentalidad criolla –la del propio Santa Anna y la de otros caudillos de su tiempo, no sólo militares sino intelectuales, como Lucas Alamán y José María Luis Mora– que les impidió consolidar a la nación. Aunque poseían la capacidad y los elementos intelectuales para asentar un nuevo orden –unos viendo hacia el futuro, anhelantes de una legalidad republicana, laica, democrática y constitucional; otros vueltos al pasado, nostálgicos de una sociedad jerárquica, católica, centralizada–, no pudieron hacerlo. No sólo eso: presidieron sobre una era de anarquía, desmembramiento territorial, penuria económica y, sobre todo,

violencia: revoluciones, guerras extranjeras, contiendas civiles.

Claramente, no bastaba el carisma para reconstruir el orden perdido o edificar otro. El carisma puro, vacío, era en cierta forma el primer obstáculo para cualquier edificación. La misteriosa, carlyleana Sagrada Escritura de la historia de México reclamaba una dominación distinta, nacida de otras fuentes de legitimidad. En ese momento hace acto de presencia Benito Juárez. Ningún otro país de América tendría una figura que realmente se le asemejara: un indio presidente en la segunda mitad del siglo XIX. La demagogia oficial ha deificado su imagen hasta hacerla impenetrable –como si su propia biografía no lo fuera ya, de modo suficiente–, pero ello no resta un adarme a su papel en la consolidación de un nuevo orden político en México. Instintivamente, Juárez bautizaba la nueva legitimidad legal con aguas extraídas del antiguo pozo de los tlatoanis aztecas o, de modo más específico, de sus suaves, severos, melancólicos antecesores zapotecos. En esa confluencia de nuevos ideales con viejos moldes México se afianzó, por primera vez, como una nación autónoma dotada de un Estado fuerte y centralizado. Con Juárez, México adquirió la forma política de un extraño compromiso histórico entre el pasado y el futuro: una monarquía con ropajes republicanos, pero dotada de libertades cívicas y garantías individuales impensables durante la época virreinal.

Esa configuración costó años de sangre. Juárez fue el personaje central de la querrela que desgarró al siglo XIX mexicano. Fue casi una guerra de religión, sin precedentes en la historia latinoamericana. Se llamó, con toda propiedad, Guerra de Reforma (1858-1861). México se había independizado de España pero no del orden colonial, porque el lugar histórico de la Iglesia católica seguía siendo central. El embrionario Estado liberal tenía que disputar fatalmente con ese Estado paralelo. Para vencerlo, necesitaba un caudillo que adoptara la doble causa de la Constitu-